

THOMAS HARDY

La mano de Ethelberta

Traducción de Roberto A. Frías

Editorial Belvedere



**Editorial
Belvedere**

Thomas Hardy
La mano de Ethelberta

Título original: *The Hand of Ethelberta*

Primera edición: enero 2009

© de la traducción: Roberto A. Frías

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: editorial.belvedere@hotmail.com

Diseño de la cubierta: proyecto de Leticia Esteban

ISBN: 978-84-936533-2-3

Depósito legal: M. 1.476-2009

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

Vitae post-scenia celant.

LUCRECIO

Editorial Belvedere

Prefacio

Esta historia, algo frívola, fue creada como interludio entre relatos de un diseño más serio, y se le ha dado el subtítulo de comedia para indicar, aunque no con mucha precisión, el objeto de su desarrollo. Los incidentes no fueron acomodados de acuerdo con su alto grado de probabilidad y se esperaba del lector cierta ligereza de humor, que le despertara la buena voluntad de aceptar este producto con el mismo ánimo con el que es ofrecido. Aun así, la intención es que los personajes sean consistentes y humanos.

Debido a estas intenciones (en particular, por su tendencia a lo inesperado, ese pecado imperdonable a los ojos del crítico, y porque el antecedente de *Ethelberta* era un mero cuento rural),¹ la novela tuvo dificultades en su primera aparición, quizá merecidamente.² Es más, de acuerdo con el vehículo de elección y la perspectiva adoptada, puede decirse que se ocupó de una tarea delicada: promover el interés en un drama, si es que en este caso puede utilizarse tal nombre digno, en el que los sirvientes fueran tan o más importantes que sus amos; donde el esbozo del salón proviniera muchas veces del vestíbulo de los sirvientes. Es posible que ahora semejante inversión del proscenio social sea mejor acogida y que los lectores, incluso aquellos de la más fina pasta,

¹ Se refiere a *Lejos del mundanal ruido*, publicada en 1874. (N. del T.)

² La novela recibió algunas críticas tibias. (N. del T.)

estén dispuestos a perdonar a un escritor por mostrar a los hijos e hijas del señor y la señora *Talporcual* bajo una luz amable.

T.H.
Diciembre de 1895.

P.D.: La conjetura aventurada en la nota anterior (que al sujeto de este libro se le profesaba un mejor recibimiento con el paso del tiempo) ha sido confirmada por los hechos. Unas circunstancias imaginarias que, al publicarse por primera vez, parecían excéntricas y casi imposibles, ahora son llevadas a la escena y retratadas en las novelas; es más, se las acepta como cuadros interesantes y razonables de la vida. Lo cual sugiere que la comedia o, mejor dicho, la sátira (aparecida por primera vez en abril de 1876) se adelantó treinta años a su época. El tratamiento artificial que puede percibirse en varias de sus páginas fue adoptado por razones que parecían adecuadas tanto en el momento de la escritura, como para una historia de semejante naturaleza, y no se ha modificado.

Agosto de 1912.
T.H.

CAPÍTULO I

Una calle de Anglebury. Un brezal cercano. En la posada del Red Lion

La joven señora Petherwin salió de una antigua y célebre posada de un pueblo de Wessex para dar un paseo por el campo. A juzgar por su aspecto y su carruaje, se diría que era miembro de esa clase noble de la sociedad que no tiene preocupaciones mundanas hasta que le roban sus joyas, pero su reclamo de distinción (y esto era un hecho poco conocido) se basaba más en la inteligencia que en la sangre. Era hija de un caballero que vivía en una gran casa que no era de su propiedad, su entrada en esta vida la hizo como un bebé bautizado Ethelberta, en honor a un infante de la nobleza que no tiene nada que ver con esta historia y que sólo proporcionó a la madre un nuevo objeto de contemplación. Luego, fue profesora en una escuela, recibió elogios de los examinadores y la admiración de los caballeros (no de las damas); ahí, sus diversos encantos persuadieron a los profesores de procurarle todo tipo de atenciones, por lo que pudieron retocarla con algunas habilidades. Después entró como institutriz en una mansión, al servicio de la hija de la casa, y fue cautelosamente desposada por el hijo. Éste, que era menor de edad como ella, murió de un resfriado durante la luna de miel, y su padre, sir Ralph Petherwin, que no le perdonaba el matrimonio, le siguió a la tumba unas semanas después, legando toda su fortuna a su esposa.



«... se detuvo como un reloj...»

Estas calamidades fueron razón suficiente para que lady Petherwin perdonara a todos los implicados. Le dio la mano a la desamparada Ethelberta, quien parecía más una novia distante que una viuda, y dispuso que completara su educación pasando un par de años en un internado de Bonn. Recientemente le había hecho volver a Inglaterra para que viviera bajo su techo como hija y acompañante, bajo la única condición de que Ethelberta nunca reconociera abiertamente sus lazos, por razones que más adelante se explicarán.

La elegante y joven dama, como tendría todo el derecho a ser llamada si le interesara en lo más mínimo que se le definiese, captó la atención local cuando emergió a la luz de esa tarde veraniega con su porte majestuoso. Muchas personas ven estas cualidades tan sólo en aquellos que por cuestiones de herencia tienen forrados sus vestíbulos de antiguas armaduras, y olvidan que a un oso se le puede enseñar a bailar. Cuando Ethelberta proyectaba este aire suyo en el ambiente, hasta los inanimados objetos de la calle parecían saber que se encontraba ahí. Sin embargo, tenía por costumbre echar abajo su seriedad mediante cambios repentinos de humor. Por eso, a partir de la presencia de este aire, era imposible calcular cuando se encontraba a punto de un cambio o en una vía muy estrecha que exigía la liberación de los bríos animales.

—Es bueno tener la seguridad —exclamó un lechero refiriéndose a ella—, de que nos congelaríamos en nuestras camas si no fuera por el sol y porque ella es, que me cuelguen si no, una hermostura. Un hombre podría complicarse mucho la vida por esos ojos y esa barbilla, ¿eh, palafrenero? Qué Dios maldiga a este viejo si no es así.

El hablante depositó en el borde de la acera, frente a la posada, el par de cubos que cargaba con una percha y estiró la espalda hasta alcanzar una perpendicular atroz. Sus comentarios estaban dirigidos a una persona desvencijada que llevaba un chaleco de ese largo tan poco común, de la cabeza a los pies, que predomina entre los hombres que se dedican a los caballos. En ese momento, el interlocutor se atareaba barriendo la paja de la calzada

que conducía, a través de un arco de piedra, a los establos en la parte trasera.

—Más vale que no le des tanta importancia a las malas palabras; alguien podría escucharte y caer en desgracia —dijo el palafrenero, tomándose él también un momento para elevar la mirada hacia las ventanas del edificio (cruzadas por travesaños de piedra) y sus parapetos, no para estudiarlos como rasgos de arquitectura antigua sino, sencillamente, para dar a los ojos un estirón tan sano como el que su compañero le había dado a la espalda—. Michael, un viejo como tú debería pensar en otras cosas y no mirar esta época de su vida como si fuera también otra. Abalanzarse sobre la carne joven como un cuervo carroñero..., esto es algo vil en un viejo.

—Lo es y no lo es, pues se trata de algo natural —dijo el lechero, revisando de nuevo a Ethelberta, quien ahora se había detenido sobre un puente, quedando expuesta por completo, a mirar las aguas del río—. Si un pobre tipo necesitado como yo pudiera encontrarla sola, ya acicalada para alguna gran fiesta, y llevarla a un sitio retirado... ¡Dios, te garantizo que encontraría en ella un buen bote de joyas y cosas de oro! Eso le pagaría a él por todas las molestias.

—No te corrijo el cuadro, pero es inoportuno y malicioso rumiar esta picardía. Aunque yo también he tenido pensamientos semejantes sobre las mujeres de alta posición, ¡Dios me perdone!

—Y, ¿es verdad que esa figura de encanto que vemos ahí es la de una mujer viuda?

—Una dama, ni un penique menos que una dama. Ay, una criatura de veintiún años o por ahí.

—Dama viuda y de veintiuno. Es un estado de retroceso para un cuerpo que a esa edad avanza tanto.

—Bueno, sea como sea, he aquí cómo fue que calculé su edad. Tenía cerca de veintitrés o veintidós años ayer por la noche, cuando descendió del carruaje agotada de tanto viajar por el campo. Y, hoy por la mañana, cuando bajó después de dormir sus horas y con el rostro lavado, parecía de diecinueve, así que pensé: debe tener veintiuno.

—¿Y cuál es el nombre de la joven, si puedes decirlo, palafrenero?

—Ay, en la casa estaban muy alborotados por su presencia y la de la vieja, por sus cajas y sus teteras de campamento que debían lavar en el interior, pues no cabían en los aguamaniles, y no sé qué otras tantas cosas. Desde ese momento, los otros huéspedes se volvieron menos importantes que un guijarro.

—Supongo que vienen de una ciudad noble y lejana.

—Y, además, llevaba el cabello encrespado, como si nunca hubiera visto a un hombre de verdad. De cualquier manera, para no hacer larga la historia, lo único adicional que sé de ellas es que el nombre que figura en el equipaje es «lady Petherwin», y que es la viuda de un caballero de la ciudad, un hombre de cierta importancia en la toma de posesión del alcalde de Londres.

—¿Quién es ese tipo con polainas y una mochila a la espalda que acaba de salir por la puerta? —dijo el lechero, apuntando con la cabeza a una figura con esa descripción que acababa de emerger de la posada y que echó a andar cansinamente en la misma dirección que la dama, quien ahora quedaba fuera de su vista.

—¿Tipo con polainas? Te comerás tus palabras porque el padre de ese noble a quien llamas tipo con polainas solía llevarse muy bien con media corte de la reina.

—Y eso, ¿qué?

—El padre de ese hombre era uno de los hombres del alcalde de Sandbourne, y tenía un trato tan familiar con hombres de dinero que les daba palmadas en los hombros, así como tú, yo, o cualquier otro tonto, haríamos con el ayudante de la parroquia.

—¿Y cuál es el nombre del señorito? Si es que puedes decirlo.

—Ay, los ricos de hoy en día han abandonado el uso de las ruedas por el bien de sus constituciones físicas, así que, durante años, van de aquí para allá y suben colinas que les son ajenas, en las que no puedes ver nada más que nieve y niebla hasta que ya no hay por donde caminar. Y si llegan vivos a casa y aún no están muy viejos y agotados, visitan andando su propio distrito. Se alzan con un cayado, una mochila y un pañuelo blanco de bolsillo en el sombrero, tal y como puedes ver que él lo lleva. Se ha

quedado aquí una noche y hoy se va de nuevo. Joven, joven, pienso yo, si tus hombros estuvieran vencidos como un *stick* de *hockey* y tus rodillas arqueadas, como las mías, al grado de que no tuvieras un centímetro de hueso o de cartílago recto en ti, supongo que no llevarías a cabo ningún trabajo físico por puro placer.

—Cierto, cierto, ¡caramba! Un dolor como el que han sufrido mis riñones todo el día; las palabras no pueden expresar el naufragio por el que pasan mis riñones, no, eso no lo pueden describir. Y, entonces, ¿cuál era el nombre de soltera de esta joven viuda, palafrenero? Es cierto que la gente no le quita el ojo de encima, pero parece que no se sabe nada de su familia.

—Y, aunque me he dedicado a cuidar caballos durante cincuenta años para que otros los monten, he aquí que ahora ¡oy igual de pobre! A veces, cuando veo tantas cosas buenas a mi alrededor, me siento tentado de servirme directo al bolsillo, por lógica justicia. «Trabaja duro y sé pobre. No hagas nada y recibe más». Pero recojo velas en mi mente y pienso: «¡Detente, John Hostler, detente!». ¿Su nombre de soltera? Vaya, no lo sé, aunque ella me dijo: «Buenos días, John», y yo ni siquiera recordaba haberla visto antes, no más de lo que he visto a los muertos de la cripta en la iglesia (donde yo pronto seré uno más), no más. Ay, amigos míos, yo me digo: «Más conocen al tonto de lo que el tonto conoce».³

—Más conocen al tonto... ¿Cuál es ese refrán que susurras, Hostler? —preguntó el lechero con curiosidad—. Digámoslo otra vez porque «es verdad de verdades que para cada cosa se hicieron refranes». Más conocen al tonto...

—...de lo que el tonto conoce —dijo el palafrenero.

—Ah, ésa es la sensación que he tenido muchas veces, palafrenero, pero no con semejante lenguaje tan florido. Es una idea que he llevado dentro de mí por años, pero que nunca he podido formular así. ¡Ja, ja, ja, estupendo! ¡Dilo de nuevo, palafrenero,

³ Antiguo proverbio inglés que dice *More know Tom Fool than knows Tom Fool*. Tom Fool es el nombre dado tradicionalmente a un simplón o a alguien que hace el papel de tonto. (*N. del T.*)

dilo de nuevo! ¡Por nada del mundo me perdería escuchar mi pobre noción, que ni siquiera estaba enunciada, con una forma como ésa! Más conocen al tonto de lo que..., de lo que..., ¡ja, ja, ja!

—No tienes que confirmar una verdad con ese exabrupto, por Dios, o la gente creerá que te burlas de la dama y del caballero. Bueno, debo irme. Buenas noches, Michael.

Y el palafrenero siguió barriendo.

—Buenas noches, palafrenero, debo irme yo también —dijo el lechero, poniéndose en marcha después de echarse la percha a los hombros. Después, su voz se fue apagando conforme se acercaba a la posada y se alejaba de la calle y, en todo momento, agitaba la cabeza con ligeras sacudidas.

—Más conocen..., al tonto..., de lo que el tonto..., ¡ja, ja, ja!

Red Lion, así se llamaba el hotel o posada que en los últimos años se había puesto de moda entre los turistas, sobre todo porque en sus habitaciones era imposible encontrar algo a la moda o nuevo. Se localizaba en la parte media del pueblo y hacía esquina donde los vientos invernales silbaban, juntando fuerzas, antes de lanzarse despavoridos por las calles. Durante el verano era un sitio confortable y fresco, adecuado para los personajes meditabundos que se reunían ahí para estudiar la geología y los hermosos rasgos naturales del campo circundante.

La dama, cuya apariencia le había diferenciado de la gente de Anglebury (sin que se supiera bien en qué estribaba esta diferencia), salió del pueblo en poco tiempo y, al seguir la carretera que atraviesa las praderas nutridas por el río Froom, cruzó la vía del tren para encontrarse un momento después en un brezal solitario. Había estado observando la base de una nube mientras ésta bajaba hacia el contorno de un borde distante, como un párpado superior que se junta con el inferior y cubre la mirada del sol vespertino. Cuando se decidió a regresar, antes de que cayera la noche, escuchó cierta conmoción en el aire, detrás y por encima de ella. La paseante miró hacia arriba y se encontró con un pato salvaje que volaba con la mayor violencia posible, seguido de otra ave a la que cualquier campesino habría calificado como el mayor aguilucho lagunero que jamás hubiera visto. El aguilu-

cho se aproximó a su víctima y el pato graznó y redobló sus esfuerzos.

Guiada por un impulso, Ethelberta rompió a correr rápido, de tal forma que habría provocado que cualquier perrito ladrara deleitado y la siguiera. Su objetivo era presenciar la conclusión de esta desesperada lucha por la vida, tan insólita y pequeña. Rompió así su majestuosidad, lo cual se le puede perdonar pues sólo así sus pies se volvieron tan rápidos como dedos y pudo, entonces, correr por el accidentado terreno con tal fuerza en la zanca que, siendo una mujer un poco más robusta que tenue, sus tacones de charol imprimían con infalible precisión pequeñas letras «D» ahí donde el suelo estuviera desnudo, quebraban ramitas de brezo donde estuviera cubierto y succionaban las áreas cenagosas con el sonido de rápidos besos.

Su rango de avance no era comparable con el de las dos aves, pero iba tan rápido que pudo mantenerlas a la vista todo el tiempo en un sitio abierto como el que le rodeaba, y, en cierto punto, llegó a estar tan cerca que incluso escuchó las plumas agitarse contra el viento conforme el pato aleteaba. Cuando el ave parecía estar a pocos metros de su enemigo, ella vio que descendía, volaba estable durante un cuarto de minuto y luego se esfumaba. El aguilucho se abatió detrás de su presa y Ethelberta percibió entonces un óvalo blanco y brillante de agua que, en medio de aquel moreno brezal, parecía un hoyo que se asomara a un cielo subterráneo.

En esta amplia laguna, hacia la que se dirigía desde el principio de su apresurado vuelo, el pato se había sumergido para ocultarse. La corredora, agitada y sin aliento, se encontró después de unos instantes lo suficientemente cerca para ver cómo el aguilucho decepcionado se cernía y flotaba en el aire, como esperando la reaparición de su presa. Tan concentrado estaba en este lúgubre pasatiempo que ella pudo deslizarse con suavidad hasta el borde mismo de la laguna y atestiguar la conclusión del episodio. Cada vez que el pato necesitaba asomar la cabeza para respirar, la otra ave se abalanzaba hacia él y, no obstante, llegaba tarde siempre. El nadador tenía demasiada experiencia con la familia

de los aguiluchos y su talante agresivo en este juego como para emerger dos veces en el mismo sitio, por lo que inexplicable y sucesivamente surgía en puntos opuestos de la charca, y se hundía cuando su adversario llegaba a cada lugar, así que, a la larga, el aguilucho abandonó el concurso y se fue volando; su humor satánico era casi perceptible por la manera de agitar las alas.

La joven miró a su alrededor por primera vez y comenzó a percatarse de que había recorrido una gran distancia, mucho más allá de lo que había sido su intención en un principio. Su mirada se había clavado tanto tiempo en el aguilucho mientras éste remontaba el vuelo contra el jaspeado y brillante campo del cielo, que al mirar de nuevo el brezal y el llano era como si volviese a una región casi olvidada después de una ausencia y todo el panorama cayera bajo la sombra uniforme de la noche que se cierne sobre él. Comenzó a regresar sobre sus pasos de inmediato, pero ya que había rodeado la laguna indiscriminadamente para ganar una buena vista del evento y que no había seguido ningún sendero allí, descubrió que la dirección adecuada de su travesía era una cuestión algo incierta.

«Seguramente —se dijo— miraba hacia el norte cuando comencé a correr». Pero aun así, al volver la espalda y caminar, no se aproximaba a ninguna referencia en el horizonte que pudiera anunciar la cercanía del pueblo. Siguió marchando, con incertidumbre, pero sin una preocupación real, hasta que la luz de la tarde se convirtió en ocaso y las sombras en oscuridad.

Pronto vio Ethelberta una mancha blanca entre las sombras, estaba adosada de alguna manera a la cabeza de un hombre que se acercaba hacia ella conforme iba emergiendo de una ligera depresión del terreno. Aún era demasiado temprano para tener miedo, pero bastante tarde para ser por completo valiente. Ethelberta observó al hombre con detenimiento, embargada por emociones contrarias, a medida que él aparecía ante su vista. El arreglo tan peculiar del sombrero y su *pugree*⁴ le hizo recordar que ya le ha-

⁴ Velo que se coloca en la orilla de algunos sombreros para ofrecer mayor protección a la zona de la nuca. (*N. del T.*)

bía visto, por casualidad, colgado de una percha en una de las habitaciones del Red Lion, y cuando el hombre se hubo acercado ella notó que sus brazos alcanzaban una disminución peculiar ahí donde se articulaban con los hombros, como los de un muñeco. Esto quedó luego explicado porque los tirantes de una mochila ceñían justo en ese punto sus extremidades. Animada por la probabilidad de que él, al igual que ella, se hospedara o se hubiese hospedado en el Red Lion, se decidió a hablarle.

—¿Puede indicarme si éste es el camino de vuelta a Anglebury?

—Es uno de los caminos, pero el más cercano queda en esta dirección —dijo el turista, el mismo que habían criticado los dos viejos.

Al escucharle, todos los movimientos delicados de la personalidad de la joven quedaron en suspenso, se detuvo como un reloj. Volvió a respirar cuando, por fin, pudo enfrentarse a la percepción que había causado todo esto.

—¡Señor Julian! —exclamó.

Las palabras fueron dichas de tal manera que cualquiera hubiera entendido en un segundo que aquí se escondía algo relacionado con la luz de otros días.

—¡Ah, señora Petherwin! Sí, soy el señor Julian, aunque debo imaginar que eso importa muy poco ahora, después de tantos años y de todo lo que ha pasado.

Esta respuesta basta no recibió ningún comentario por lo que él continuó como si nada.

—¿Le pongo en camino? Es aquí cerca.

—Si es tan amable.

—Entonces, venga conmigo.

Ella le siguió de cerca, en silencio, y durante todo el trayecto no se dirigieron la palabra. Los únicos sonidos que escapaban de ellos eran el roce del vestido y de las polainas contra el brezal o el golpeteo seco de un guijarro contra una bota.

De repente, habían llegado a un bosquecillo y, entonces, él se volvió abruptamente.

—Aquello es Anglebury, ahí donde se ven esas luces. El sen-

dero aquel es el que debe seguir, va más allá de la colina y conduce directamente al pueblo.

—Gracias —susurró ella.

Descubrió, entonces, que él no había dejado de mirarla desde que comenzó a hablar, con los ojos fijos con exactitud matemática en un punto de su rostro. Ella hizo un ligero movimiento para continuar su camino, él se movió un poco menos, para seguir con el suyo.

—Buenas noches —dijo el señor Julian.

Parecía que el momento era crítico, aunque también era uno de esos que deben esperar al futuro para adquirir su carácter definitivo de buenos o malos.

Aunque para cualquier persona ajena la situación hubiera sido obvia, no lo era tanto para Ethelberta, quien al final dio más de lo que había obtenido cuando respondió:

—Adiós, si es que no piensa decir nada más.

A lo que el señor Julian rebatió:

—¿Qué puedo decir? Usted no significa nada para mí... Podría perdonar que una mujer hiciera cualquier cosa por despecho, excepto casarse.

—La relación entre eso y nuestra situación actual no está clara. A menos que se refiera a lo que usted ha hecho. No se refiere a mí.

—Yo no estoy casado, usted sí.

Ella no lo contradijo, como podría haber hecho.

—Christopher —dijo al fin ella—, me conocías demasiado bien para respetarme y demasiado poco para tenerme lástima. En general, conocer a medias la vida de alguien no hace justicia a la otra mitad.

—Pues ya que apenas puedo conocerte mejor, debo esforzarme para conocerte menos y, así, elevar mi opinión de tu naturaleza al olvidar en qué consiste —dijo él con un tono de voz en el que todo sentimiento había sido borrado.

—Si no supiera que esta amargura tiene más que ver con esas palabras que con el buen juicio, ¡yo también estaría amargada! Nunca supiste nada de mí, sólo me conociste como institutriz. Nunca piensas en cuáles fueron mis orígenes.

—Lo he pensado. Muchas veces me he dicho que en tus primeros años gozaste de una posición superior a la de aquellos años en que te conocí. Creo que puedo decir, sin temor a resultar presuntuoso, que puedo reconocer a una dama cuando la veo, aun cuando sufra reveses extremos. Me parece posible asegurar que el hecho de haberse criado en un hogar adinerado exime un poco de la culpa al que intenta recobrar esa posición.

Ethelberta esbozó una sonrisa que podía interpretarse de varias maneras.

—Sin embargo, está conversación no va a ninguna parte —resumió él, jovial—. Será mejor que cada uno siga su camino y que sigamos siendo los extraños en que nos hemos convertido. Le debo una disculpa por expresar más sentimientos de los que me estaba permitido y digamos adiós como amigos. Buenas noches, señora Petherwin, y que tenga éxito. Quizá nos encontremos de nuevo, algún día, espero.

—Buenas noches —dijo ella, extendiendo la mano.

Él la estrechó y, luego, se volvió para irse. En poco tiempo no quedaba nada de él, excepto los rápidos roces contra el brezal allá en su profunda y total oscuridad.

Ethelberta reanudó con lentitud su camino en la dirección que él le indicó. El encuentro le había sorprendido de varias maneras. Primero, estaba la coyuntura en sí misma, pero, aún más que eso, el hecho de que él no se hubiera despedido con el resentimiento trágico que a veces ella imaginaba para la escena, si es que algún día llegaba a producirse. Aunque, en realidad, no había nada extraordinario en ello; es parte de la naturaleza generosa de un soltero el sentirse dispuesto a perdonar a una querida pobre que, al casarse en cualquier otro lado, le ha arrebatado la dicha de verse obligado a desposarla él mismo. Ethelberta hubiera quedado muy decepcionada de haber faltado ese reconfortante avance de exasperación a la mitad de lo que él dijo. Pero, aun así, era un sustituto muy pobre del odio amoroso que ella había esperado.

Cuando llegó a la posada, la lámpara que había en el dintel iluminó un rostro aún sonrojado, pero la agitación de la que fuera presa en un principio había desaparecido por completo. En el

vestíbulo se encontró con una mujer delgada que llevaba un vestido de ese negro tan peculiar que, bajo la luz del sol, proclama haber visto mejores días cuando era marrón y mucho mejores cuando era lavanda, verde o azul.

—Menlove —dijo la dama—, ¿notaste que algún caballero me observara o siguiera cuando salí del hotel esta tarde?

Aunque la doncella de la dama ya había comenzado un repaso mental en busca de posibles pretendientes, se llevó la mano a la frente para mostrar que meditaba sobre la posibilidad de haber recibido órdenes a ese respecto y, por fin, dijo:

—Recordará que una vez me dijo, señora, que cuando saliera usted a la calle ya arreglada, yo no debía correr a la ventana como si fuera usted una muñeca que yo acabara de fabricar y hubiese puesto a la venta.

—Así fue.

—Así que no vi si alguien la seguía esta tarde.

—¿Escuchó, entonces, si algún caballero llegó aquí en el último tren de anoche?

—Oh, no, señora, ¿cómo podría hacer algo así? —respondió la señora Menlove. La exclamación era más pertinente de lo que su ama sospechaba, teniendo en cuenta que, al terminar su turno, quien hablaba se había despojado de la oscura falda para revelar una de color brillante, esponjada y con adornos, se había enfundado un sombrero con pluma y colgado varios gramos de metal en forma de pendientes, broches y anillos (en conjunto podía uno contar hasta cien), y luego había disfrutado media hora de cortejo de primera, a cargo de un honorable camarero del pueblo, quien resultó, durante el día y medio que ella tenía de conocerle, tan constante como el imán ante la barra de hierro.

Ethelberta subió las escaleras de inmediato, corrió por el pasillo y, después de dudarle por un momento, abrió con suavidad la puerta del salón que pertenecía a la mejor suite de la que podía presumir la posada.

En la habitación había una mujer mayor que escribía a la luz de dos velas protegidas por pantallas verdes. La mujer continuó con su labor pues, al parecer, sabía a la perfección quién era la

intrusa. Su visitante avanzó hasta quedar de pie junto a la mesa. La vieja dama llevaba las gafas muy abajo, a la altura de la mejilla; la dirección de su mirada debía emparejarse con la pendiente de su recta nariz para ver a través de los cristales. Fruncía la boca en un gesto casi juvenil mientras formaba las letras con su pluma, y un ligero movimiento del labio acompañaba cada trazo descendente. Llevaba dos anillos grandes y antiguos en el dedo índice, contra los cuales chocaba la pluma al moverse adelante y atrás, causando un ruido secundario que rivalizaba con el principal, el de la plumilla sobre el papel.

—Mamá —dijo la dama joven—, ya he llegado.

Ya que la mente de un escritor, cuando se encuentra a la mitad de una frase, es como un barco en altamar que no conoce el descanso o la comodidad hasta que se le ha pilotado con seguridad a la bahía del punto final, lady Petherwin sólo acertó a responder con un «qué» en tono ocupado que ni siquiera llegó a interrogante. Después de escribir su nombre al pie de la carta alzó la vista.

—Pero qué tarde llegas, Ethelberta, y ¡qué agitada estás! —dijo—. Estaba muy preocupada por tí, ¿qué ha pasado?

El gran acontecimiento, el principal, que eclipsaba todo lo demás, era su encuentro casual con un antiguo amante con el que había reñido tiempo atrás. La honestidad de Ethelberta hubiera ofrecido las noticias de inmediato, pero el resto de sus atributos quedó muerto ante tal acto, más por el bien de la anciana que por el propio.

—¡Vi un cruel y enorme pájaro cazando a un inofensivo pato! —exclamó con inocencia—. Corrí tras él para ver en qué terminaba todo y fui más lejos de lo que tenía planeado. No obstante, el pato llegó a una laguna y, como corrí a lo largo de la orilla para ver el fin de la batalla, no pude encontrar el camino de regreso.

—¡Vaya! —dijo la suegra mientras alzaba sus grandes párpados, pesados como persianas, y estiraba los dedos como los cuernos de un caracol—. En ese terreno pantanoso te hubieras podido hundir hasta las rodillas y perderte y, además, a esas horas de la noche. ¡Menudo chico estás hecha! Y ¿cómo fue que hallaste después de todo el camino de vuelta?

—Oh, un hombre me mostró el camino y, entonces, ya no tuve dificultad para volver sin ninguna prisa.

—Pensé que habías corrido durante todo el camino, te veo tan sofocada.

—La noche está templada... Sí, y he estado pensando en los viejos tiempos mientras vagaba —dijo ella—, y en cómo se altera la posición de la gente durante la vida. ¿No me contaste que, mientras estudiaba en Bonn, una familia que conocíamos quedó destrozada después de la muerte del padre y que habían enviado a los niños a no sé dónde?

—¿Te refieres a los Julian?

—Sí, ése era el apellido.

—Pero claro que sabes que se trata de los Julian. El más joven de los Julian estuvo prendado de ti durante un par de días de un verano, ¿no es cierto?, justo después de que llegaras a vivir con nosotros, al mismo tiempo, o antes, de que tú y mi pobre chico quedarais tan desesperadamente unidos.

—Oh, sí, ya lo recuerdo —dijo Ethelberta—. Y él tenía una hermana, me parece. Me preguntó a donde se habrán mudado tras el colapso familiar.

—No lo sé —dijo lady Petherwin, tomando otro folio—. Tengo la vaga idea de que el hijo, que no aprendió ninguna profesión, se volvió maestro de música en algún pueblo de provincias; la música siempre había sido su pasatiempo. Pero no tengo los detalles precisos en la cabeza —y luego hundió de nuevo la pluma en la tinta para comenzar otra carta.

Poniendo cara más bien larga, Ethelberta dejó entonces a su suegra y fue donde se supone que todas las damas deben ir cuando quieren atormentar sus mentes a gusto: a su habitación. Ahí se sentó a reflexionar un rato y, poco después, llamó a la doncella.

—Menlove —llamó, y no se volvió al escuchar una pisada y cierta fricción de telas que provenían del quicio de la puerta, pero inclinó el cuerpo hacia atrás y miró la esquina del espejo—, ¿podría ir abajo y averiguar si un caballero apellidado Julian se ha hospedado en esta casa? Quiero decir, Menlove, que lo investigue sin preguntar directamente, usted tiene sus medios para enterarse de

las cosas, ¿no es así? Si el devoto George estuviera aquí, él ayudaría...

—George no significaba nada para mí, señora.

—James, entonces.

—Sólo estuve con James una semana o diez días; cuando supe que estaba casado, alenté sus avances muy poco.

—Aun si lo hubiera alentado con todo su ser no podría estar más dolida por haberlo perdido. Pero ande a investigar lo que le pido, ¿de acuerdo, Menlove?

La doncella estuvo de regreso al cabo de unos minutos.

—Un caballero de ese nombre se hospedó aquí la noche pasada y partió esta tarde.

—¿Podría averiguar su dirección?

El ingenio despierto de la doncella ya le había impulsado a investigar ése y todos los detalles sobre aquel hombre, pero daba la casualidad que acababa de llegar el semanario ilustrado de actualidad que enviaba una librería, así que la señora Menlove, deseosa de tener un tiempo para hojearlo antes de que llegase a manos de su ama, se retiró como dispuesta a cumplir el encargo, pero en realidad permaneció leyendo bajo la lámpara de gas del pasillo, inspeccionando las fascinantes ilustraciones. Pero como el tiempo no espera a las doncellas, pronto pasó una medida natural de ausencia y la chica tuvo que regresar.

—Vive en Upper Street, en Sandbourne.

—Gracias, eso será suficiente —respondió su señora.

Pasaron las horas y volvió ese periodo de ensueño cuando las fantasías de las damas, que yacen en clausura durante el día, como sus abanicos, se hacen valer de nuevo. En este momento hubiera sido posible adivinar los pensamientos de Ethelberta por la manera en que ocupaba su tiempo. En lugar de leer, de escribir su diario, o de hacer cualquier otra cosa común, se paseaba por la habitación, fruncía su hermoso labio inferior dentro del hermoso labio superior una y otra vez, acunaba sus dedos entrelazados, detenía sus pasos cuando las paredes de la habitación le impedían continuar y fijaba la mirada al frente, pero no veía el vacío sino una imagen dentro de su cabeza.